MINERVA MARGARITA VILLARREAL

Dama infiel al sueño

cuarto menguante

universidad de guadalajara / xalli

M861
VILL

* 19.000

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
PIENSA
TRABAJA
BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

Dama infiel al sueño

cuarto menguante

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

Colección a cargo de Jorge Esquinca

MINERVA MARGARITA VILLARREAL

Dama infiel al sueño

BIBLIOTECAS Y ACERVOS
DOCUMENTALES DEL
C.U.C.S.H.

universidad de guadalajara / xalli

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

Biblioteca Central
CUCSH

INSTITUTO DE BIBLIOTECAS
Biblioteca D204
No. Adquisición 83695
Factura Don - V de G
Fecha Abr - 92
Clasf
Ejem. 1 Vol. No 1

X

Primera edición, 1991

D. R. © Universidad de Guadalajara/Xalli
Escuela Militar de Aviación 16,
Guadalajara, Jal.
© Cuarto Menguante
Sicilia 2923, Col. Providencia
Guadalajara, Jal.

Diseño portada: Jabaz

Impreso y hecho en México

3244

Adquisición 03244
Fecha Julio 95
Procedencia
Clasf. M861 V12

M861
V1L

A=3244

a la memoria de mi abuela,
Mercedes Ramírez viuda de Villarreal

para el doctor Teófilo de la Garza

a José Javier

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

El cielo expondrá nuestras entrañas
Y la inocencia ha de golpear al mundo
Con la aspereza de la negra muerte

ODISEO ELYTIS

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

De madrugada

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

De madrugada

a José Javier

Entro en tu cuerpo como quien camina sola por la noche.
Entro en tu cuerpo desde que desabrocho tu camisa,
desde que el pantalón cae hasta quedar sin vida.
Y cuando mi lengua te recorre,
cuando tu piel es saboreada, mordida, ensalivada;
cuando me deleito en la calidez de tu dureza...
Temblorosa de súbito:
¡Cómo penetras de entero
tú en mí!

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

El señor del deseo

I

Eres el caballero anónimo que busca el despertar de una
mujer;
el hombre que se repite en mis sueños y ahora tiene
rostro,
el de los pantalones flojos y chaleco beige,
el que camina por las calles oscuras,
el que viene hacia mí,
el que besa mi cuerpo.

Durante diez años he despreciado tu misterio,
he querido engañarme amando un mar inexistente,
he bajado los ojos
y herido mi deseo.

Durante ese tiempo he visto entre calles vacías
la máscara de un hombre.
De ese hombre que ahora camina más aprisa, y llega.

Cae a pedazos el miedo cuando se abre el mar.
Entonces, sobre la tibia arena,
aguardo los pasos del deseo.

II

Dejas caer lentamente arena en mi costado;
mi ansia de humedad cubierta,
mi celo, tu bramido, el oleaje que hace ascender tus alas:
deja que el rayo fulgure sobre el mar,
que su espada penetre.
Echo hacia atrás mis cabellos castaños;
en mi cuello una caricia ha sellado la herida:

El deseo ha saciado su sed.

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

El deseo

Al atardecer
el aire mece las hojas celestes de los árboles.
Avientas tus treinta años quién sabe adónde.
Una hoja se suspende,
te da otra visión de él.
Ahora aparece en la hoja del álamo.

Los muertos tienen la mala costumbre de inquietar
tus tardes.
Recostada en la hamaca. ¿Te animarás a acariciarlo?
Su imagen se pierde con el ruido de los niños.
Pero tú sabes que la hoja se desprendió del árbol
para que no lo olvidaras.
Por un instante él bajó a tocar tu cabello, a proyectar su luz.

Los niños acomodan latas vacías de cerveza bajo sus pies.
El aluminio suena contra las baldosas.
Sobrevuelan la hamaca los insectos:
el luminoso aleteo, los aguijonazos te castigan.
Descubres la barda del solar observándote.

Estás tan pálida.
Piensas: "Para que el deseo muera de verdad
tengo que cortarle las alas,
avergonzarlo,
hacerlo deambular por la derrota como ángel caído".

Derramada su sangre
te la untarías en el cuerpo
y saldrías a la calle a rendir testimonio.
Pero tendrías que mutilarlo tú.

Ahora que se ha ido entre sueños te acariciará.
Regresará a acompañarte en tus visitas al abismo.
Sabe que no es bueno que estés sola, puedes pisar en falso.
Sabe que no es bueno que estés sola, puedes caer.
Sabe que no es bueno que estés sola
recostada ante un pedazo de cielo.

Apenas escuchas el llanto de los niños.
Divisas la hoja, la pierdes de vista.
Pero él regresará deseoso en otro cuerpo,
en otro rostro,
en otra voz.
Se fundirá en el camino violáceo de tus atardeceres,
en el ave que aletea bajo tu vientre
sin conocer el sueño.

Destino amor

Adónde fue la tarde con todos sus misterios
con sus cuentas amargas marcando la derrota
Dónde estaba la puerta el pasillo dónde la hora y el día
en que nosotros tropezamos
Mírame otra vez mírame siempre alcánzame con tus ojos
con el fuego hecho blanco hecho ala hecho piel
Rey de corazones rotos lánzame tu llamarada
tu pregunta honda tu dardo que perfora
siente la herida lame mi sangre
goza este misterio
esta treta que nos tiende el destino
este ajedrez que emerge de la distancia silencioso inmenso
gózame cuando la tarde se pierde con las nubes
y la razón se escapa de tan pequeña y leve
Muchacho de corazón solitario Ven hacia mí
Quiero verte dormir despertar ver las estrellas sus
desprendimientos
cuando Dios te hace ángel y me llama a seguir tu vuelo
ver la escala donde desciendes por las noches con la noche
entre tus brazos
Tenderme allí desnuda alada con el amor suspendiendo
los meses
Tenderme allí
hasta que tus alas con todo su cielo y su deseo
se posen sobre mi regazo extasiadas de tanto beso
de tanta ola

Tenderme allí de frente y de espaldas
abriéndome cerrándome

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

La espera de Penélope

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

De qué manera llegar a las playas de Itaca
de qué manera
besarle sus piernas desnudas,
si ella
—la de los negros cabellos—
espera al otro,
al que se fue.

HÉCTOR CARRETO

Vaho

Mis ojos brillan con tus palabras
y se empañan en tu silencio

Instante

Hoy las olas quisieron venir hacia mí
pero tus ojos las congelaron

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

Occidente

a Esteban Bárcenas

La historia:
alimento de mezquinos dioses
que, desde su altar,
juegan con la esperanza de los hombres.

Odiseo

Penélope solloza sobre el regazo de Ulises
que a su regreso le cuenta
de su nueva esposa y sus pequeños hijos

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
PIENSA TRABAJA
BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

Penélope

Durante veinte años he tendido una soga
donde prefiero colgarme todas las noches
a estar entre tus brazos
enteramente tuya
eternamente muerta

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

La labor de Penélope

a Enriqueta Ochoa

Un cristal precioso,
una pequeña caja que destella figuras marinas.
Al fondo, pedazos de tus ojos
cortados por el viento.
Tu mirada es un hilo
y mis manos lo tejen
hasta cubrirlo todo.

Sobre este mar

El mar se está manchando.
No es aceite ni resaca;
es tu tristeza que vence
la fuerza de mi cuerpo.
Sobre este mar yacen tus ojos abiertos,
miran la nada.

El océano
tiene una gota de sangre.

La espera

Clavé la navaja en su cuerpo
Bebí su sangre
Padezco insomnio y mi túnica aún está manchada
Con ansia y miedo busco los hilos del amor todas
las noches
Busco el camino de regreso
Pero he perdido el punto
Y mi tejido es hoy una labor inexplicable
Como también lo sería
Mostrarle a Ulises mi amor por otro

Nuestro deseo

He aquí el deseo
que consume el rigor de mis actos,
el vándalo que me despierta por las tardes
para llevarme al sitio
donde cantan las sirenas.
Pero no me deleito.

Camino sola y sin aliento frente al mar,
desde lejos observo tus pasos;
regresas lento, tu espalda deslumbra.

Vamos hacia el pasado, hacia la primera vez.
Abrimos nuestros cuerpos,
hay sangre y también hay lágrimas.
No queremos volver los ojos al mundo.
No queremos volver.

El canto de las sirenas nos estremece;
su movimiento arrastra voces perdidas,
la ansiedad devorando las noches,
rostros de muertos que se empalman;
lámparas, trajes, fotografías
en un cielo que se destempla:
el futuro, el pasado, el deseo desnudo que se escapa.

Canto de Penélope desde las playas de Ítaca

a Martha Casarini

Desde esta playa he mirado durante noches enteras el
rostro luminoso.
Pero sus ojos, cuencas de oscuridad, me devolvían a
los muertos que, con él, siendo jóvenes partieron a la
guerra.
¡Oh luna, inmenso espejo! En esta oscuridad, en esta
madeja de lamentos eternos, de crudas soledades
me declaro testigo de las derrotas de Ulises.
Tejo el perdón. Las cadenas de hilo han sujetado mi rabia
y mi protesta.
He tejido siempre el derecho, pero al volver el lienzo
no encuentro más que los reveses de esta historia.
Y el mar,
el mar
con su fina filigrana atemorizando mi cuerpo,
negando la posibilidad del beso más cercano.
¡Ah Ulises! He llegado a aborrecer tu ira
que adormece mi deseo hasta vencerlo.
Por eso he decidido callar.
Cada vuelta a la aguja es una palabra muerta.
Hay quienes piensan que vivo en el olvido porque no
escuchan los gritos de mi encierro.
Los muros ahogan los ecos del delirio.

He velado por más de veinte siglos. Y hoy,
en el turbio amanecer de esta historia manchada,
preparo las naves.

Epitafio

a Genaro Saúl Reyes

La madrugada arrastra al sueño,
tiende la niebla sobre los cuerpos.
Extasiados, lánguidos, hartos de tanta fiebre
yacen los ángeles del mal.

Biblioteca Central
CUCSH

El regreso

a Rosa Martha Romo

La puedes ver sentada frente al mar.
Sólo escucha el graznido de los pelícanos, el lamento de las grullas.
Sólo ve el lento despliegue de los garfios, la inmensidad de los megaterios que avanzan con torpeza. Medusas y serpientes.
Así espera frente al mar; gota de agua derramada por descuido de los dioses.
¿Cómo ahuyentar el aleteo desesperado de las aves?
¿Cómo cambiar la dirección del viento?
¿Cómo retrasar el ya inminente regreso de Ulises?

Nuestra historia

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

Nuestra historia

Se aproxima el alacrán a la espalda de Lesbia.
Ella duerme tranquila.
El amor de Catulo, el dolor del corazón que le aqueja
es sólo un ruido en la noche, un leve movimiento.
—La furia de nuestros cuerpos será conocida.
Nuestro amor, agonía de este lecho, se cantará.
Muchos siglos después se dirán tus versos.
El mundo sabrá de mí sin conocer la historia.

Epigrama

Tu silencio: agua fría.
Tus palabras: puñal por la espalda.
Tu estupidez, perdón,
tu inconsciencia: un alivio.

La diosa

a Rosa María Villarreal

Todo era un juego de contrarios,
un tirar de la cuerda hasta doblarse,
una risa perpetua y nauseabunda,
un mirarse en los ojos de los otros.
Después vino el encierro.
¿Cómo tragarse una declaración de principios que ahora
navega en el barquito de papel al borde de la tina?
¿Cómo la duda se erige de pronto en la única verdad posible
de una vida confusa?
La mentira y el miedo sostienen los pies de su imagen.
La ira pasa a tercer término.
Se fue quedando sola en la inmensidad del mundo:
su palabra significó el destierro.

Después de Marcial una prostituta se lamenta

El juego de mis manos,
las caricias de mi lengua
en tus velludas piernas, oh testículos.
Cabalgar en la selvática noche
sentada sobre tu erecto pene.
¿Por qué no enmudeciste, Marcial?
Dos monedas de oro no bastan.
Tus versos me encadenan.
Antes dos, cinco monedas hacían seguro
mi andar sobre el puente.
Hoy, no hay pago posible
que me devuelva mi altivez.

Fiel

Perdí el dibujo, el desnudo
donde estás desgarbado.
Ahí se hinchó tu vientre,
se encorvó tu espalda.
En ese fiel retrato perdí un espejo.
Su pérdida complica el laberinto
donde lo que se inicia no termina.

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
PIENSA Y TRABAJA
BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

Infiel al sueño

Biblioteca Central
CUCSH

Dama infiel al sueño

Despierto con las manos cerradas, mi alma hecha piedra,
mis sentidos despedazados.
Los dientes se desgastan cada noche.
La angustia, dama infiel al sueño, los utiliza como tablado
para su danza.
Las pesadillas amenazan con el espectáculo más denso del
terror.
No hay otro espectador que yo misma, y soy yo, también,
la que protagoniza las escenas más atroces.

Soy ahí la asesina, la que ama el incesto, la que huye
eternamente de su madre,
la que atraviesa las avenidas del odio
y se mete con todos:
la que goza en silencio.

Soy el día y la noche, la razón y el corazón que dan
vueltas sin rumbo,
la sangre deslizándose, el delirio:
ese hombre que sonríe desde el cuadro
y me llama.

Soy la brillante mujer que luce la conciencia
como su mejor adquisición,
la misma que duerme a su hijo
y espera,
con los ojos abiertos,
la llegada del día.

Desde la vieja casa

Desde la vieja casa

La lluvia es el trazo inicial del desenlace que no acaba,
es la angustia que empuja la belleza al precipicio
mientras aves enjauladas y caballos de bronce
asoman sus cabezas desde la vieja casa.
Ensordecen los ruidos de la tempestad,
las paredes se inclinan y todo es una escena movediza,
todo es una mesa donde sucumbe a la fuerza una
muchacha.
Las bestias suspendidas en lo alto de su muerte
observan.
El desprecio crece. Su complejidad no encuentra salida.
Afuera las olas azotan el cuerpo de la noche.
Adentro la navaja hiere a una mujer.
El frío da bruscos movimientos.
Alguien huye. Las olas avanzan.
Las aves enloquecen con el ruido.
Con pavor, con el cuerpo victimado, la joven abandona
la casa.
La imagen se suspende. La tempestad no termina.

La estrella

Miedo del ruido de las sombras
del canto subterráneo que emerge de la noche
miedo del relámpago súbito de la esperanza hueca
de los piquetitos de conciencia
de la estrella que destrozó el gigante

Como cruel estribillo con su música fina
como la letanía que cubre al silencio
como el padre nuestro de la infancia en desorden
o aquel librito del catecismo azul de las noches en vela
aquella lamentación aquel castigo
aquel cuerpo amoratado en llanto

Así
la dejaron llorar la avergonzaron la enmudecieron
le cargaron la espalda de penas de penitencias
la hicieron recordar volver al lugar del crimen
Encubierta la culpa
se desprendió en imagen beatífica y suprema
A ella obedeció y en ese instante ardió una niña
Sus cenizas volaron hasta fijarse en el firmamento
Sola en la oscuridad

Noche

a Sergio Cordero

Todo cuanto sucede se arrebata
en la violencia gris de un piso de cemento.
La gallina con su torpe vuelo
atraviesa la sala, esquiva la muerte.
No hay muebles, sólo deterioro en la fotografía.

Estás allí de pie, junto a la madre.
La niña en sus brazos ya le incomoda el vientre.
La luna asciende a plena luz del día;
quisieras alcanzarla, como al pasamanos.
Te sonríe, no dices nada.

Las estrellas y los conejos brillan de júbilo en tus libretas,
pero los días han dejado de acariciar el cielo.
Las nubes de rostro taciturno
y cabellos deshilados por el soplo del norte.
La mora deja caer sus frutos sobre las hojas de la higuera;
los higos que se pudren,
las hormigas vueltas locas,
los mosquitos que zumban en sus razonamientos
y la pájara que regresa a empollar la tarde
con el verano de sus inmensas alas.

La noche entrega un recuerdo furtivo,
una ventana con barrotes largos aprisiona
la casa húmeda, las paredes cuarteadas,
el baño y el fregadero
por donde escurre el día...

Afuera gritan las mujeres.
La calle, la cerveza y el miedo tienen el mismo olor.
La noche emerge de la alcantarilla:
un tragafuegos semidesnudo
ciega tus ojos.

Estás tan lejos y tan sola,
tan platinadamente triste.
¡Oh Depresión! Alcánzame otro trago
en esta calle donde la sanguaza reverencia al crimen.
Bebo para tocar sus rizos suspendidos,
su zapato dorado, el vuelo de su falda.
De su sonrisa de almidón se extiende un beso
que revienta como globo en mis mejillas.

Allí está tu papel: ejecútalo mientras enloquezco.
¡Oh Madre! Llora impotente sobre mi regazo.
Los niños y las gallinas entenderemos tu silencio.
Tus cuentos de terror.
Tus héroes negados a la infancia.
Tu mecedora muellemente escondida
temerosa del vicio, siempre acechante y deseosa.
Tu perra y prematura muerte.

El miedo avanza.
Tú estás ahí desenredándome el cabello
con tus oscuros hábitos de virgen.
Y te elevas Noche e iluminas a los insomnes,
a los dementes,
a los sonámbulos que cruzan paredes;
a esa procesión de niños que se abrasa en tu luz.

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
PIENSA
TRABAJA
BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

La bella durmiente

a mi hermana María Aurora

I

Apenas el amanecer se tiende sobre las piedras
sales descalza a caminar las calles.
Después de varias cuadras está el río;
unos muchachos lo cruzan a caballo.
Frente al río hay una carpa enorme.
Apuntan los elefantes su trompa al agua.
La malabarista se ejercita desde temprano.
Descienden río abajo los enanos.

II

Ha pasado el Hombre, el judío errante que encierra
el principio y el fin.
Tiemblas. No hay que tenerle miedo.
Sus palabras te harán dormir
bajo el cielo quebradizo con amenaza de lluvia
y un gato brillando en la azotea.
Te harán dormir.

III

El mago hizo a los patos nadar sobre la palmas de tus

manos.
Yo estaba allí, temerosa, viendo cómo salpicaban tu cara,
cómo, después de los aplausos,
tus lagos se tornaban en ampollas.
El desvarío de la madre acompañó tus llagas.
Tus dedos entorpecieron entre las hojas del catecismo,
frente a la imagen de Dios contra el infierno.
Entonces rezamos todas las noches apuradas por
la maldad.

IV

A veces hacen kermesse en la iglesia.
No hay hombre más guapo que el padre Giovanni,
pero murió hace tiempo.
Vuelve a dibujarse la plaza. En una esquina está él con su
sonrisa.
Has pecado porque lo deseas.

V

No reconoces a Dios, ni a su hermoso tinglado;
sus tandas están lejos
navegando tu infancia.
El circo ya no viene.
Sus personajes se extraviaron en el trapecio
donde aquel tiempo también había subido.

VI

Seguir el péndulo del trapecio te ha nublado la vista.
Las piedras ahora forman paredes,
las calles arden de tanto pavimento.
Ahora que despiertas entre los edificios
el humo empieza a ennegrecer tus días.

Jaculatoria

Allí está, quieta sobre la silla. Su tranquilidad le ha costado
dos buscapinas y un valium.
Todos los días, el sufrimiento de ángel caído; no recuerdo
si alguna vez fue hermosa.
Allí está, rígida sobre la silla, con sus piernas amoratadas
por la variz y la débil sonrisa.
Hoy amaneció con un dolor fuerte arriba del estómago. La
semana pasada tuvo gripe, ayer dolor de cabeza.
Todos los días cae un ángel a descomponerle el rostro.
Desde que tengo memoria: el miedo. Las tardes pasan
montadas sobre escobas, son las brujas de mi infancia, las
que reían escupiendo la ira, desparramando la crueldad.
Ella tiene razón: no conozco a mi padre. Sus manos están
lejos.
En este cuento no hay rey, sólo una reina bruja y una blanca
nieves que se comió la manzana.
Todavía faltan muchas cosas por arreglar: que todo esté bien
limpio, que haya orden para que cuando los cuervos
vengan no graznen. Que haya orden.
Si ella supiera cuánto desprecio ha cosechado, escogería
la tranquilidad de esta tarde para darse un tiro.

Desde temprano

Hoy vienes con los ojos apagados, tu lengua está pesada y seca tu boca. Es imposible mirarnos.

Te veo y me recuerdas a Belushi y a Fassbinder, sólo que tu genio corre varios metros detrás de tu locura. Eres el niño que cuidé, aquel joven cuya mirada se quebró desde temprano.

Me dicen que hablas solo por los pasillos de tu escuela, que entras al cine con una botella bajo el brazo, que las mujeres pasan junto a ti como perras amedrentadas. Me dicen que estás solo.

Sé que las imágenes se gastan, que la fuerza de mi rebeldía fue para ti la zona oscura, que mi rabia te impresionaba y mi partida fue un escabroso cuento de horror.

Sé todo eso, sé que soy la mujer que deseas y odias, la castrante que se pasea desnuda por tus calles, la que te pone el alto de la prohibición, la figura dual, la moneda que, cuando niño, llevaste a las vías para que el tren la desfigurara.

Semana Santa

a Gloria Collado

A esta hora no hay quien cruce la ciudad.
Duermen los árboles que rodean tu casa.
Hay un silencio que pesa todos los años juntos,
hay un mar de mentiras.
La ciudad apenas te descubre, te desnuda.
Y te vas lejos,
tan lejos como las aves en busca de otro clima.
Te vas, no resistes el calor de otro cuerpo.

Este año febrero trajo más días.
El invierno tiró anzuelos hasta fines de marzo
y se sentó a esperar.
Quieren acomodarse las estaciones.
En Semana Santa, unas cuantas lágrimas de miedo.
Dejé de abrazar a mi madre, o ella a mí, no lo sé,
no quiero saberlo.
La resurrección está lejos.
La resurrección pasa todos los años.
Vuelve la Semana Santa con el regreso de Gloria.
Mi madre no está más en la cocina ocultando su rostro.
En el canal 6 ya Cristo no resucita, ni se escucha su voz,
pero sigue habiendo miedo, mucho miedo.

Biblioteca Central
CUCSH

Ahora en Monterrey hace un viento frío y es marzo.
La ciudad se estremece cuando sus mujeres parten,
la ciudad se hiela con la rabia de sus mujeres;
no está acostumbrada al odio.
La ciudad es una mujer con el rostro cambiado
y unas cuantas cicatrices,
una mujer que no se reconoce en el espejo, vieja y
decadente.

He vuelto a ver la ventana donde perdí mi infancia.
La luz vagaba opaca, detrás de las cortinas.
Estaba lejos.
Luego la ventana se repetía y eran muchas ventanas.
Muchas luces gastadas, muchas lágrimas.
Allí estaban, detrás de los árboles que rodean tu casa.
¿Alguna vez alguien me prestó este color, esta piel,
esta manera de prevenir el mundo?

Tus ojos son del color de las hojas del olivo,
son del color de mis ojos.
Allí están los azahares de invierno,
luego vienen las naranjas redondas y jugosas.
En tus ojos no hay mar, hay muchos árboles,
algunos ya están grises. Hay mucho viento y corre fuerte.
Hay nubes, empiezo a tener frío, quizás haya tormenta.

Árboles

a María Inés Pérez y José María Infante

Árboles, ramas donde el amor no crece.
Dentro de mí, un revuelo de hojas secas:
la incertidumbre, la pasión que se desmorona.
Si pudiera entrar en la enramada de tu sueño,
en tu fantasía de velados ocres,
en ese frenesí.
Miro hacia adentro, caen pétalos bajo mi vientre.
Después, un revuelo de hojas secas,
una amapola que se desangra.
¿Dónde estás en esta hora en que las paredes se
derrumban?
La luna se esconde tras las nubes.
La rabia y la muerte rondan la casa;
hay un rumor de desvelo en la habitación,
una mujer que se resiste a la partida.
La amarillenta luz del corredor en los ojos de la niña,
los ladridos, la luna desorbitada que amenaza, el sueño.
Escribo en penumbras para que no me veas.
Oigo tus pasos. No deseo saber quién eres.
Oigo tus pasos. Me desconozco.
Oigo mis pasos.

Cosecha roja

Horacio Clein ha muerto

Horacio Clein ha muerto.
Ha muerto el mismo hombre que hoy toma café
en un departamento, al sur de la ciudad.
En esa enorme mancha de luz
asoma su ventana y tras el vidrio,
él con sus pequeños lentes y su piel blanca.
Ahora lo puedo ver, muerto.
Lee el periódico, su escritorio descansa en la armazón
donde se cuelgan los sombreros.
Un viejo huevo en el refrigerador
es la bola de cristal de sus romances.
Avanzo con un vestido negro, un suéter negro
y mis medias oscuras como el fondo de sus ojos;
lo visito, estoy frente a él
y sonrío, y lloro.

Colt 45

La playa está desierta.
En el reloj de Pablo van a ser las diez.
No hay quien camine a esta hora por la playa,
pero en el Hotel Crisol,
el más antiguo hotel de Tecolutla,
una habitación se enciende.

Irene ha empezado a vestirse.
El espejo del baño le devuelve una mirada húmeda
y su rostro, allí, parece manchado por el tiempo.
¿Hace cuánto Irene desperdicia las palabras?
¿Hace cuánto Pablo le devuelve silencio?

El está sobre la cama,
una novela de bolsillo cae al suelo.
Pablo se acomoda y empieza a dormitar.
La medianoche llega vestida con ropa de Irene,
con sus mismos zapatos y su misma piel.

Sobre la arena se van hundiendo sus pies.
La presencia de Eduardo es inevitable.
A cierta distancia se puede ver su sombra
que se mueve hacia los pasos de Irene.
Pero el amor entre ellos está fuera de lugar
e Irene sólo espera perderse con la noche.

En el Hotel Crisol,
el más antiguo hotel de Tecolutla,
una habitación se enciende
con el disparo de una pistola.

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

Los habitantes de la Sala Meyerhold

La vieja escuela está a punto de perderse.

Nadie recuerda la medianoche del 21 de agosto
después de los ensayos.
Nadie espera con angustia a la mujer de la silla de ruedas
bajo el arco,
ni el rostro apenas visible del viejo;
nadie escucha sus pasos.

En la calle Aldama se habló del crimen.
Hace más de quince años.
Patricia era una colegiala
que pasaba con la mochila al hombro.
Las vecinas murmuraban
lo que la nota del periódico decía.

Después Patricia me acompañó a las primeras clases.
Todos en segunda posición.
Uno dos a la derecha, uno dos a la izquierda
y cuando se hacía tarde
allí estaban ellos bajo el arco con la mirada fija.
Pero los maestros no ven.

Ahora nos arqueamos,
brillan nuestros cuerpos;
algunos alcanzamos a distinguir al asesino,
pero nadie nos cree.

Hoy cierran la escuela de teatro
y ninguna obra ha sido tan perfecta como aquel crimen.

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

Alguien, Él

a Mario Cerutti

Un día nos pusimos tristes
Nuestras derrotas se sumaban año tras año
Y llegaban a alcanzar grandes cifras
Eran los tiempos duros
Cuando Alguien decidió
Borrar nuestras sonrisas y apagarnos la voz
Pero no todos estuvimos del otro lado de la cortina
Hubo quienes jugaron a contarle secretos
A lamerle la piel a estar altivos y graciosos
Cada vez que Él lo pedía
Ésos también eran mis amigos estaban alegres
Y no comprendían el porqué de esta tristeza
Eran los tiempos duros en que fue mejor
Aprender a mentirle hasta a la almohada

Homenajes

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

Abatido, un hombre
deambula por las calles.
Ventea un aire sucio.
Piensa en el descanso.
En sus labios agota el mejor vino
percibiendo el olor de la mujer perdida.
Camina por el crepúsculo
interminable de automóviles,
de edificios vacíos y casas agrietadas.
Libre de culpa, la ciudad
lanza sus piedras.
El temblor sacude hasta los huesos.
Piensa en el suicidio,
se olvida, se pierde.
Calla su última verdad, su única verdad.
Calla la muerte: el alba
donde Francisco Cervantes
encuentra la luz de sus poemas.

Al rojo blanco

a Elías Nandino

Es tu mirada lúcida y profunda, tu piel sedienta y ajada con el tiempo, tu pelo que se cae, tus venas, el sacrificio de estar vivo; hondamente vivo con canas y con huesos, con la razón de un mundo que se quiebra entre tus muslos cuando el esperma habita en esa muerte tuya, esa parte insepulta que te acompaña y viste.

Es tu silencio, la negación de los nombres, tu cuerpo que vacila y sin embargo viene...

El sudor de tu pecho se me estanca, luego baja lento y hábil, baja hasta mojar mi sexo, esa parte mía que se esconde y se abre al margen de tu alma, cuando tu cuerpo sólo espera confundirse con la noche.

Esperando la carta de Joe

a Víctor Saca

Al cantante Joe se le desgarra la garganta
Enmedio de la lluvia el gran estadio tiembla
Y algunas muchachitas tararean al son del coro
Mil novecientos sesenta y nueve es una paloma que
agoniza
El joven cantante Joe orina sobre el pasto
Su música te humedece
Puedes estar desnuda bajo la lluvia
Esa saliva de Juan el bautista que te escurre imparable
Puedes estar desnuda
De un salto quedar suspendida en la eternidad
Pero allá arriba recuérdalo la lluvia es roja
Y el bautista camina sin cabeza
Para qué pensar en dios
Si lo tengo a él bendito cantante Joe de cabellos enredados
Para qué escuchar a papá
Si lo tengo a él con sus benditas penetraciones como
descargas eléctricas
Si mamá registrara mi aliento
Olfatearía los besos de Joe
El semen de Joe
La desesperación de Joe
Benditos besos sobre este cuerpo desnudo
Que pega el brinco hacia la eternidad

Sociales

BIBLIOTECA CENTRAL
Biblioteca Central
CUCSH

El poeta oficial

Hace dos años el poeta cumplió 45
su rostro aún no envejecía, su cabello era oscuro;
entonces le oí decir: *éste será mi año,*
y de aquí para adelante esta ciudad conocerá las letras,
no habrá palabra en el olvido, los poetas respetarán la seriedad.
Decididamente enérgico el poeta se abrió camino:
¡Eh, tú, el acomodador de versos!
El título de tu blasfemia hace tiempo fue publicado.
Cuánta ignorancia padece este lugar
que hasta niega los libros,
y mis propios amigos, aquellos con los que desde joven compartí
hoy los encuentro instalados en el mundo de las equivocaciones.
¡Cuánta necesidad tiene esta ciudad de mí!
El poeta declamaba en lengua original a los maestros:
ese es Blake, este Keats, ¿reconociste?
Qué clásico, qué drástico, qué ensimismado,
cuánta elegancia con su pasado heroico,
su arrogancia de pueblo y sus abuelos blancos.
El poeta se abrió paso,
hizo una red de palabras sutiles.
Allí cayeron redondos los cuadrados;
el señor gobernador aplaudió las recetas, los rebeldes se hicieron moderados, los radicales se acostumbraron a servir el té,
"et presque toute la population intelectuelle a signé le document."

Han firmado los buenos, los serios, los ingenuos:
¡Nos declaramos contra toda intervención de potencia alguna!
Poco después nos dimos cuenta que el poeta declamaba
en París
al candidato del presidencialismo porfiriano.

Los abandonados

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

Los abandonados

Antes de irte, la soledad.
Antes de irte, oscurece temprano.
Se rompen las fotografías; las palabras
circulan en la memoria como tiras de oropel.
A partir del último escalón: el vértigo;
luego el vacío de estar al margen uno del otro.
Fuimos dos arqueros que apuntaron de frente,
fuimos el blanco de sus flechas,
dos ángeles derrotados y luego malditos y luego
derrotados.
Caímos sobre la tierra como fruta podrida.
Huyen las aves, huyen de esta muerte común.
Cubren de púrpura el cielo,
después,
sus dorados picos descienden con la lluvia y su sinfín de
alas.
Sacan lustre a los viejos objetos, a esos seres abandonados
que en la calle vomitan sus tristezas.
El viento es un cristal empañado. Allí,
sólo besar tus propios labios puedes.
Sólo la indiferencia te sigue en lo helado
de ese cuerpo que es tu soledad.

Salto de tigre

La realidad te salta como un tigre a través de un círculo
de fuego.
¿Quién de los dos se quemará?
Llegas al trabajo y sonríes. Sientes que el saludo, el beso
y la espera
con sus finísimas puntas te hieren, pero sonríes.
La realidad se enamora de ti.
Tu desesperación se derrama sobre el día.
Es la locura:
la realidad que acecha como un tigre.

Palabras como playas

Las palabras rayan como llantas de carro
como discos que giran y giran
hay algo que no se entiende un ruido un morder el
miedo
playas palabras como playas cercos redes
sin emoción palabras entre valiums
quiero dormir en las embarcaciones que hormiguean el
izquierdo costado
tocar una palabra como un seno la caliente dilatación
del tejido
y nos alejamos en las sílabas en los cortes los límites
la afilada cara del mustio marinero es ornamento de
mudas palabras
quién eres tú quién es tu yo a quien quiero partir la
madre
por eso el miedo miedo lagarto miedo reptil
las palabras rayan como las llantas de los carros
Oh para para
quiero dormir en las navegaciones de un tejido caliente
y dilatado
un tejido tenso del cuerpo afilado del mustio marinero
de sordas palabras
no se escucha el rechinar de las llantas
el rayado disco de las negaciones
sólo un ruido mineral un borbotón
el sigiloso paso del asesino

con los ojos hambrientos sedientos con los ojos turbados
amanecí arañada por el ángel enfermo por mi hermano
sus palabras como moscas al vuelo
vertiginar en el acero tenso que cruza los cielos
las enramadas nubes tristes enloquecen
mira cómo arroja el bastón en plena zona rosa
trae un ojo pintado un vértigo voraz que lo devora
un ansia de matar sus alas se pudren
sus palabras se pudren en la herida en oscilante drama
se despedaza el mundo que erigen las palabras
se descuartiza en ellas

mentir con las palabras que en el viaje se indignan
como jueces te asedian te descubren mordaces tus
  propias palabras
rayadas
como discos que giran y giran
hay algo que no se entiende un ruido un morder el
  miedo

nada mejor que la llave
dáme la llave la clave del encierro
una palabra tuya bastará para salvar mi alma y yo me
  hundo
y te arrastro y amedrento
desquiciadas
sin freno
como rayan las llantas de los carros
como discos que giran y giran
invéntame palabras que el futuro no llegue

  ensangrentado
quiero oler las palabras que me frotes palabras en el sexo
que me acaricien tus palabras
lúbricas
de eternidad
ondulantes y tibias palabras

Playas

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

Última llamada

Las dos de la mañana.
Tu voz cruza varias habitaciones,
tu voz de bar a punto de cerrarse.
La amargura te arrastra
como un reptil hacia el acantilado,
tu piel mojada, tu cuerpo golpeado por las piedras.
Te espero en el arrecife. Apenas me escuchas.
Esta visión se corta cuando cuelgo el teléfono.

Lamento que nuestro amor se conectara
justo entre el alcohol y la penumbra.
La traición, serpiente en acecho,
vino a enroscarse.
Otras voces se mezclaron:
no vuelvas a contestar, déjala morir.
Me alejé
sintiendo las primeras convulsiones del veneno.
Déjala morir, no te arrepientas.

Tiempo después,
con el fruto podrido entre mis manos,
reconocí la voz –mi propia voz–
del otro lado de la línea.

La entrega

El cielo y el mar se debaten en tus ojos.
Cuánta tristeza vi, cuánto vacío:
un niño con el corazón abierto...
¿y si te toco?, me dije;
pero ya te habías convertido en piedra.
El aire se elevó turbulento
de arena y lágrimas.
Este devenir de horas desiertas...
Estás solo en tu habitación húmeda,
en tu pequeña ciudad blanca.
Oyes los pasos en la escalera,
pero no son los que esperas, sino, como otras veces
los lejanos cantos de tu adentro:
tu voz, las voces que se levantan y suspenden
allí, en la escalera.
¿A quién deseas en esta hora?
Ya nadie vuelve, sólo las sombras,
los muertos que suben a manchar tu deseo.
Querido amante, he aquí mi legado,
he aquí la gloria que se perderá lentamente en los días
futuros,
he aquí la daga; ven, acércate, baja.
Héme aquí: hermosa y plena,
insaciable, bellísima.

El secreto

para Adriana y Fernando Margáin

En este mar que es un desierto, en este amor que me
invento:
los cuerpos de los amantes se cruzan y no se reconocen;
en este sueño que todos propiciamos, inconsciente de
inmensos ojos insomnes,
adivino, paria de mí, en el delirio de mis navegaciones:
este universo rojo, este color de menstruo; látigo,
fustigación, olvido.
Cuando te rompes puedo alcanzar el escondite, puedo
lamer tu piel y saborear tus frutas. La cocina con sus
cobrizos enseres, la verde ventana;
adivino el juego y su repetición.
Nuestros ojos como peces se cruzan. El arlequín del
tiempo se desdobla.
¿Dónde ha quedado el tiempo? El arlequín está dentro.
Tú y yo vagamos fuera.
Pero detrás hay otro tiempo: un capitán desalmado que
nos sigue.
Del cielo una mancha roja ¿Sangrabas? Te digo,
quizá lloras, pero el agua me impide verte,
sólo el ruido, el borbotón, el ansia que atenúa.
¿Por qué el luto? Te pones morada como el color de los
listones de tus trenzas.

Biblioteca Central
UCSH

No hablas, tus peces me miran acuosos en este mar de cielo, en este verde mar que es negro llanto.
Los arcángeles bajan como hombres vestidos de mujer; encendidos de relámpago
dicen sus nombres, sus lenguas se confunden con el oro del cielo.
Había un crimen detrás de tus ojos. Te guardaré el secreto.
El mar lo oculta todo en su tormenta.
En nuestras almas llevamos un botón negro, un retazo dorado
y un círculo de fuego; un pez, un niño, el viento negro.
En este mar que es un desierto, en estos cuerpos que se cruzan
el viento es el delirio de mis maquinaciones.
No te asustes. Ven, toma mis cabellos. Borda la sábana.
Que nadie se entere.

Naufragio

Corre conmigo el tiempo. Corre más rápido y vertiginoso.
Ya Álvaro lo dijo: otra luz, otra paz. Una nebulosa, un hombre dormido.
Álvaro de las inexistencias, que me haces llorar entre mástiles y gallardetes, ¿tendrías bigote?
Nadie sabe la fecha exacta. Nadie llegó al velorio. Nadie supo cómo escapaste.
Las gaviotas sobrevuelan el cementerio, el ataúd dorado:
el despiadado tesoro de tus sueños.
Trae otra vez tu trasatlántico. Navegaremos por todos los océanos para dormir, tú sobre mí, yo sobre ti, con el olor de tu cuerpo y el grito que da aliento, fuerza, dolor; el grito del hombre que regresa.
No esperes más. Sólo escucha cómo lloran los niños cuando sueñan.
Escucha el lejano lamento de los adolescentes, el graznar de las gaviotas sobre el sitio del naufragio.
Trae otra vez tu trasatlántico. Navegaremos por todos los océanos, en todos los misterios; romperemos las cadenas del miedo. Tú sobre mí, yo sobre ti, jalando, jalando, jalando en la noche cerrada. Las nubes como olas. No esperes más. Sólo escucha el llanto de los niños, el mar que se desborda: mi deseo.

— ¡Ah, Capitán encabronado! ¿Dónde tu sombra
vislumbrar pudiera, dónde, si de tu ira sólo sargazos,
cadáveres, y este olor a podrido, esta bajamar que cada
día desciende?

— Alguien está a tu lado. No tengas miedo, eres tú
misma. Tú, que encadenas el fantasma del Capitán a tu
vida. Déjalo en paz, recuéstate. Soy yo quien habla, su
primera muerta. Te lo digo, te defiendes presa de tu
propia condición de presa.

Escucha cómo canta el viento, el tono de la siringa,
el desprendimiento de las estrellas. Alcanza ésa que cayó
en tu cama
antes que se deshaga en llanto.
Ah, la luna y el sol retándose como dos adolescentes en un
campo de juego. Este mar que en su descenso descubre
a los caídos,
te pierde; este ruido de mar, esta culpa
que crece entre su espalda y tu rostro.

— El ruido aturde entre la confusión, sea el insecto que
ha extraviado su ruta o el depósito de agua que se llena
bajo la amenaza de la alta marea.
Huyo, sólo me calma el oleaje; las gaviotas en su cadencia
marina,

los pelícanos ladeándose, renqueando, y ciegos en el
absurdo también, los caracoles, con movimientos lentos
y rastreros.
Observo desde la roca donde los huevecillos, después de
cada escupitajo, respiran, se expanden.
Algunos empiezan a sacar sus pequeñísimas cabezas.
Todos los animales que hay sobre la arena crecen, se
vuelven inmensos y voraces
y me mareo como la mujer que se embaraza del mar: ese
hombre encabronadamente astuto, ese lobo, señor de las
mil lenguas que sacia mi cuerpo.
Duermo y la arena despliega sobre mí una ligera sábana.
Duermo con el calor del mar, en la tibieza de su pecho,
entrelazadas nuestras piernas.
Pero ¡Ay de mí, en medio del barullo, con esta inmensa
lengua marina que me traga! Mi cuerpo es devorado.
Observo desde esta roca. Despierto.
El barco regresa vacío a esta superficie donde el mar ha
tatuado su dolor.

— Victoria, sólo victoria puede cantar el viento en tu
derrota, en tu rabioso regreso con ojos de animal herido.
Eres tú misma quien vuelve, tú, flotando a la deriva,
tú, quien sueña y sabe. ¿Quién si no espera frente al mar?

Índice

De madrugada 11

De madrugada 13
El señor del deseo 14
El deseo 16
Destino amor 18

La espera de Penélope 21

Vaho 24
Instante 25
Occidente 26
Odiseo 27
Penélope 28
La labor de Penélope 29
Sobre este mar 30
La espera 31
Nuestro deseo 32
Canto de Penélope desde las playas de Ítaca 33
Epitafio 35
El regreso 36

Nuestra historia 37

Nuestra historia 39
Epigrama 40

La diosa 41
Después de Marcial una prostituta se lamenta 42
Fiel 43

Infiel al sueño 45

Dama infiel al sueño 47

Desde la vieja casa 49

Desde la vieja casa 51
La estrella 52
Noche 53
La bella durmiente 56
Jaculatoria 59
Desde temprano 60
Semana Santa 61
Árboles 63

Cosecha roja 65

Horacio Clein ha muerto 67
Colt 45 68
Los habitantes de la sala Meyerhold 70
Alguien, Él 72

Homenajes 73

Francisco Cervantes 75
Al rojo blanco 76

Esperando la carta de Joe 77

Sociales 79

El poeta oficial 81

Los abandonados 83

Los abandonados 85
Salto de tigre 86
Palabras como playas 87

Playas 91

Ultima llamada 93
La entrega 94
El secreto 95
Naufragio 97
A la deriva 98

BIBLIOTECA CENTRAL
CUCSH

A-3244

Dama infiel al sueño
de Margarita Villarreal se terminó
de imprimir durante el mes
de febrero de 1991 en los
talleres de Gráfica Nueva,
Pípila 638, Guadalajara, Jalisco.
Se imprimieron 1 000 ejemplares.

Cuidaron la edición
Adriana Díaz Romo, Jorge Esquinca y *la Autora*.

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
INSTITUTO DE BIBLIOTECAS

Papeleta de vencimiento

Nota: este libro debe devolverse en la última fecha indicada en esta papeleta.

CANCELADO

FORMA 104

Dama infiel al sueño despliega sus alas en los acantilados del insomnio. Desde ahí, en esa linde, establece un oscuro comercio, un pacto secreto entre lucidez y delirio, entre realidad y espejismo. Con este libro, Minerva Margarita Villarreal busca, a través de las palabras, atrapar las imágenes que el deseo trae en su marea perdidiza; busca una escritura que le sea propicia a la más honda manifestación de la nostalgia. Como Penélope, sabe que "vamos hacia el pasado, hacia la primera vez" y que toda escritura es parte de un tejido misterioso. Hecho de voces que se entrecruzan, de memorias propias y ajenas, de historias y paisajes que la autora recrea mediante un verso poderoso, dúctil, de múltiples registros, este libro es la confirmación de una poeta que, sin prisa y sin pausa, llega a ocupar el sitio que le aguardaba en nuestra literatura más reciente. *Dama infiel al sueño* es la huella de una absoluta fidelidad a la poesía.

Minerva Margarita Villarreal nació en Montemorelos, N.L., en 1957. Es maestra e investigadora en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL y coordina talleres de lectura y creación literaria. Entre sus libros de poesía destacan *Hilos de viaje* (Editorial Hogaza, 1982) y *Palabras como playas* (Universidad Veracruzana, Ediciones Papel de Envolver, 1990). En 1990 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Alfonso Reyes.

SHC-099630